

Los rostros de la violencia en el ámbito educativo

Eduardo Martínez
Profesor de Filosofía en I.E.S.

1. Análisis genérico sobre la violencia

La violencia constituye un fenómeno complejo con muy diversas manifestaciones. Así podemos referirnos con este término a las formas más simples de agresividad, o a los más sofisticados modos de organización social injusta; lo que Emmanuel Mounier denominó «desorden establecido».

Es innegable que el hombre posee un **instinto** de agresividad, al mismo tiempo que un instinto sexual u otros instrumentos básicos para su pervivencia orgánica. Ellos constituyen el suelo primitivo desde el que el ser humano se ha diferenciado cualitativamente de las especies naturales por medio de una «segunda naturaleza» a la que llamamos *cultura*. Son necesarios para la humanidad pero no suficientes. Nuestra esencia personal exige su *consumación* para realizarse en niveles superiores.

Los humanos nacemos individuos (aunque originados por la comunión de dos progenitores) para ser personas. Toda nuestra vida será una *aventura moral* en la que deberemos ejercer la libertad de realizarnos plenamente y protagonizar nuestra existencia del modo más digno posible. «Darse para serse» puede ser el lema de una vida personal bien orientada. Cuanto más nos encerremos en nuestro atávico individualismo (egoísmo, violencia) menos cumpliremos el destino personal al que estamos llamados, y más deformaremos la faz de este mundo al modo en que lo hacía Dorian Grey en el relato inolvidable de Oscar Wilde.

Ya decía Freud que a la base de todo ser humano se hallaban dos impulsos: Eros y Thanatos. La tendencia hacia la sexualidad y la tendencia hacia la violencia y la muerte. Incluso en la muy pesimista antropología del creador del psicoanálisis cabía la esperanza de que el hombre madurara progresivamente hasta conducir adecuadamente (no represivamente) estos instintos originarios. Más tarde Marcuse, discípulo aventajado de Freud, denunció cómo la pretendida libertad sexual que presenciamos en nuestros días, dista mucho de la madurez de la que hablaba Freud; hoy nos vemos sumidos –dice Marcuse– en un sistema que aprovecha los instintos fundamentales de la humanidad para el comercio y el beneficio capitalista. Precisamente por esta instrumentalización la humanidad se ve privada de sus generadores más potentes de energía psíquica para percibir el engaño y protagonizar una verdadera emancipación.¹

Nosotros, que creemos en la naturaleza dual del ser humano, en su capacidad para el bien y para el mal, reconocemos la pulsionalidad fundamental del ser humano pero, al mismo nivel de radicalidad, observamos su carácter relacional y dialógico. Ser personas, hacernos y subsistir como tales, consiste en un constante consumir nuestra naturaleza por medio de la consagración de nuestro fundamento orgánico al fin último de nuestra existencia, que es al mismo tiempo nuestro constituyente originario: el Amor, entendido como la reconciliación de todos los seres por la donación, el diálogo, la dignidad, etc.

El ser humano es tan específicamente diferente de los demás seres naturales que ni en sus elementos más primarios se asemeja demasiado a los animales. Así, por ejemplo, nuestra eroticidad nos remite de modo inevitable a áreas de afectividad superior (repercusión en otras áreas, compromiso, búsqueda de estabilidad, etc.).

En el ámbito de la violencia, que es el que nos ocupa, debe ser distinguida la agresividad (territorial, alimentaria, sexual) de un animal, de la capacidad humana para realizar el mal y el odio a sus semejantes. La agresividad animal es eminentemente defensiva, mientras que la violencia, monopolio del ser humano, es mayoritariamente de patrón ofensivo.²

Son muy relevantes para la explicación de este fenómeno las concomitancias psicológicas y éticas. Una de las raíces de la violencia se halla en la edificación psicológica del ser humano. Hoy nos es evidente que una de las causas principales de la violencia de género es la dependencia psicológica, fruto de una carencia de autoestima que repercute en una percepción y valoración negativas del otro.

Pero en un nivel más elevado, en lo que constituye el centro espiritual mismo de la violencia se halla un elemento ético. Ella consiste, –usando palabras de Emmanuel Lévinas– en la negación de la alteridad, en la supresión del rostro del otro hombre que suplica «no me mates»; en la extinción de la única huella de Dios en nuestro mundo: nuestros hermanos.³

Por último, comentar muy brevemente que la violencia, que tiene un origen puntual, se conforma estructuralmente independizándose de voluntades humanas individuales. Este Leviatán de violencia cibernética⁴ que se encarna en ordenamientos jurídicos ilegítimos, en injustos sistemas económicos, o en redes mediáticas conniventes con el interés de los poderosos, trata de ser un parapeto que «libere» a los seres humanos de su responsabilidad. Tal cosa es imposible, pero lo que sí debemos tener en cuenta es que estos monstruos estructurales son los agentes de la mayor parte de la violencia que hoy padece la humanidad. Ellos son los que inducen por activa o por pasiva la violencia individual que se nos presenta acriticamente en los telediaros.

2. Violencia y ámbito educativo

La tarea central de la educación es formar personas. Todo lo demás es secundario aunque no deje de tener su importancia. Si traicionamos aspectos cruciales de esta labor por acomodarnos a arriesgadas teorías pedagógicas al servicio de oscuros intereses políticos y económicos asumimos una grave responsabilidad. Tal es la situación que hoy padece nuestro sistema educativo sometido a un marco jurídico que ha privilegiado la instrucción laboral frente a la formación personal.

Se supone que hoy se educa para una «adecuada inserción social y laboral del alumno», pero la realidad es otra. Hoy, sobre todo a través de la Enseñanza Secundaria Obligatoria (E.S.O.), estamos dando a luz una generación de seres humanos infantilizados. Tal puerilidad se expresa claramente en su deseo irrestricto de omnipotencia (desahogada por vía consumista hasta donde pueden), en una raquílica responsabilidad y en un anémico juicio crítico que les privan de un adecuado sentido de la realidad. Para muestra un botón: los criterios de evaluación de la E.S.O. se han modificado a la baja con la justificación de no segregar a los alumnos precipitadamente, de no someterlos a una presión excesiva. La única pega es que la vida sí les someterá a una presión y una segregación para la que no han sido preparados. Éste es un factor generador de indefensión que halla canales de expresión violentos y antisociales de modo inevitable.

La escuela necesita una meritocracia que no permita el anonadamiento de la diferencia entre el esfuerzo intelectual y la pereza. Es el Estado el que debe crear mecanismos destinados a evitar que la situación de concurrencia de los alumnos a la escuela los condene al elitismo. De otra forma, que es la que hoy está vigente, sólo conseguiremos un igualitarismo a la baja que no evitará el elitismo social al que ahora se verán expuestos la mayor parte de los alumnos del sistema público. Además, se presentarán en la vida adulta con una conciencia hipertrofiada en lo que a derechos propios se refiere, pero con una atrofia respecto a los deberes de los que son sujetos en su relación con los otros seres humanos. No hay que explicar por qué esto es un claro antecedente de la violencia.

De modo coherente se ha cercenado toda autoridad en el ámbito educativo. En uno de esos movimientos históricos pendulares tan peligrosos, el inconsciente colectivo español ha identificado autoridad con dictadura y se ha dedicado a borrar todo atisbo de este inadecuado correlato. Se ignora que la autoridad (legitimada por su relatividad al servicio que se está prestando: la formación) pacifica; son el autoritarismo y la frustración los que violentan. En un ejemplo muy entendible para el televidente medio (4 horas diarias, muchas de ellas «deportivas»), no es la existencia de un árbitro en el campo de fútbol lo que genera la violencia, sino su falta de autoridad a la hora de emplearla con justicia.

Pero, siguiendo con el símil futbolístico, decir que la violencia que hay en el campo y en sus alrededores se deben al deporte en cuestión constituye una falsedad. O lo que es lo mismo, la violencia que padece el sistema educativo no proviene sólo de su modo organizativo o del grado de cumplimiento de los deberes de los agentes implicados. La violencia es un fenómeno social omnipresente por la sencilla razón de que nuestras relaciones son cada día más restrictivamente económicas, y porque el principio máximo de actuación en un sistema capitalista es la competencia. Vivimos una reedición de la ley de la selva a nivel global en la que sólo los más fuertes sobreviven (darwinismo social). Vivimos en un mundo necio en el que confundimos valor y precio (Antonio Machado dixit).

3. Rostros de la violencia y perspectivas

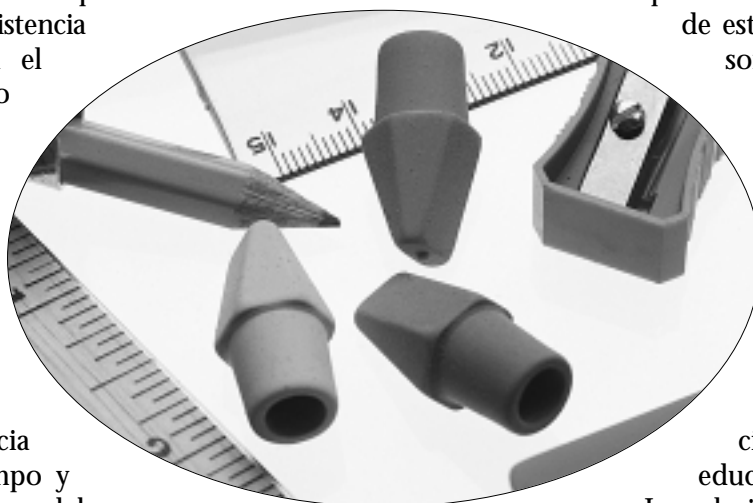
La violencia se manifiesta de muy diversas formas en el ámbito educativo. Ya hemos mencionado en otro apartado la forma menos evidente pero una de las más relevantes: una **estructura**

perversa que está dedicada a la forja de clientes y votantes dóciles y no a propiciar personas críticas que vivan en comunidad.

La violencia escolar proviene de factores ya mencionados como la frustración de expectativas ficticias (inserción sociolaboral, posibilidad de acceder al consumo, etc.); o por la transferencia de problemas desde el ámbito familiar, otra de las víctimas del actual estado de cosas. En este caso es significativo que la esencial colaboración entre padres y profesores se vea imposibilitada por los recelos de estos contra los profesores (percibidos como «privilegiados con mucha vacación, mucho sueldo y poco trabajo») y la complicidad perversa que ostentan con sus hijos (compensación por la ausencia y la abstinencia educativa de la familia).

La relación entre profesorado y padres se tensa por la corrección que el profesorado está obligado a inducir en el ámbito familiar en pos de la mejora de los hábitos y el rendimiento escolar de los alumnos. Esto se entiende por las familias como una injerencia inaceptable debido a un mal entendido concepto de madurez (los padres no admiten consejos sobre cómo educar a sus hijos). Además, los padres tienen una idea del ámbito escolar que, desgraciadamente, se parece demasiado a la de un lugar donde tener meramente custodiados a los hijos, donde tenerlos estabulados en vez de donde educarlos.

La violencia se hace patente entre los alumnos en formas cada vez más graves, como nos han demostrado casos tan tristes como el de las niñas asesinas de San Fernando o el muchacho asesino de Murcia. Cada vez proliferan más las conductas violentas con un índice de gravedad extremadamente alto. No sólo se margina o se agrede, parece que se tratara de aniquilar al enemigo, a veces en grupos desproporcionados contra una víctima indefensa. Lo que se evidencia es un potencial agresivo acrecentado frente a



un disminuido respeto al valor de la vida humana.

La violencia de los alumnos contra los profesores tiene su base en el nulo respeto a la tarea que les ha sido encomendada. Ellos creen que uno no posee nada valioso que comunicarles, no se respeta la autoridad que da el conocimiento, la experiencia vital o profesional, etc. Otro de los elementos que agravan la situación es la debilitación que la L.O.G.S.E. ha provocado en el sistema disciplinario de los centros (imposibilidad fáctica de expulsión, complejidad de instrucción de los expedientes, nulo apoyo a los órganos directivos desde la inspección, etc.). La seguridad del profesor en el aula, y de modo íntimamente relacionado la posibilidad de ejercer la tarea educativa, depende cada vez de modo más importante del carisma y autoridad personal del profesor. Un caso muy expresivo, que además relaciona nuestro ámbito con el familiar, lo supone el porcentaje mayoritario de agresiones que sufren las profesoras: un niño que ve a su padre desautorizar a su madre está predispuesto a menospreciar más a las profesoras.

Quiero acabar este artículo presentando la perspectiva que he visto en mis compañeros sobre el presente y el futuro de la educación. Deseo que este relato sea al tiempo una autocrítica que equilibre en parte los múltiples juicios emitidos hasta aquí. Creo sinceramente no haber caído en la tentación corporativista presente en todos los colectivos profesionales.

Pues bien, en los años que llevo en el sistema educativo me he encontrado con un porcentaje elevado de profesionales bien preparados, voluntariosos y entregados a sus alumnos. También he tenido oportunidad de toparme con gente muy desanimada (a veces incluso sumida en enfermedades mentales de origen profesional) que afrontaban el trabajo con hostilidad, miedo o con un rechazo absoluto. Resulta muy duro escuchar de boca de un compañero docente frases como «esto no tiene remedio», «es imposible apasionar a ninguno», «si me vuelven a decir eso les meto una ...», etc.

Me gustaría llamar la atención sobre la función que la escuela, pese a todo, está llamada a

cumplir. Cada segundo en el centro conlleva una oportunidad de formación que no podemos desperdiciar. Si como Lévinas dice la historia es un sendero, aún inédito, en pos del respeto ético a la dignidad del otro, el ámbito educativo debe aproximarnos a ese ideal y en modo alguno conformarse a la violencia circundante.

Recuerdo ahora una película que vi hace un año sobre la educación («Hoy comienza todo» de Bertrand Tavernier), y cómo la tesis fundamental de la misma era, más o menos, que pese a que el mundo se caiga a trozos siempre tendrá sentido la educación, la noble tarea de comunicar a otros los conocimientos y experiencias de nuestra vida. He aquí unos versos de Celaya de significado análogo, según los cuales educar tendría como recompensa

soñar que cuando un día
esté durmiendo nuestra propia
barca,
en barcos nuevos seguirá nuestra bandera
enarbolada.

Notas

1. *Psicoanálisis y política*, «Eros y civilización», Península, Barcelona 1969, pág.155: «La liberación instintiva abarca la liberación intelectual, tanto más cuanto que la lucha contra la libertad de pensamiento e imaginación ha sido convertida en un poderoso instrumento del totalitarismo, tanto el democrático como el autoritario. (...) Se manifiesta a sí misma en todos los múltiples aspectos de las formas de diversión, de descanso, y está acompañada por los métodos de destrucción de la vida privada, el desprecio por la forma, la incapacidad para tolerar el silencio, la orgullosa exhibición de la crudeza y la brutalidad.»
2. *Las semillas de la violencia*, Luis Rojas Marcos, Círculo de Lectores, Madrid 1996. Págs 19 y 20.
3. *Humanismo del Otro Hombre*, Emmanuel Lévinas, Caparrós Editores, Madrid 1993. Págs 42-50.
4. Literalmente, capaz de autogobernarse, autómata.